

Francisco Armengol

VOLVERÉ

Primera Edición, 2017

© Francisco Armengol, 2017

Punto Rojo Libros, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
info@puntorajolibros.com
España

Revisión de estilo: Luis Felipe Sánchez
Diseño de cubierta: José Xavier Cuesta
Diagramación: José Echeverría V.

ISBN: 978-84-17049-42-3

Impreso en España

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de autor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

FRANCISCO ARMENGOL

VOLVERÉ

La historia real de un amor y unos lazos familiares
sacudidos por la Guerra Civil española en el Alto Aragón

Esta es la historia novelada de los hechos vividos durante la Guerra Civil Española por una pareja de maestros en el Alto Aragón, España. Los protagonistas, los nombres y los eventos principales aquí narrados son reales, aunque algunos pasajes y personajes secundarios han sido añadidos a modo de ficción para dar más cuerpo a la novela.

PRÓLOGO

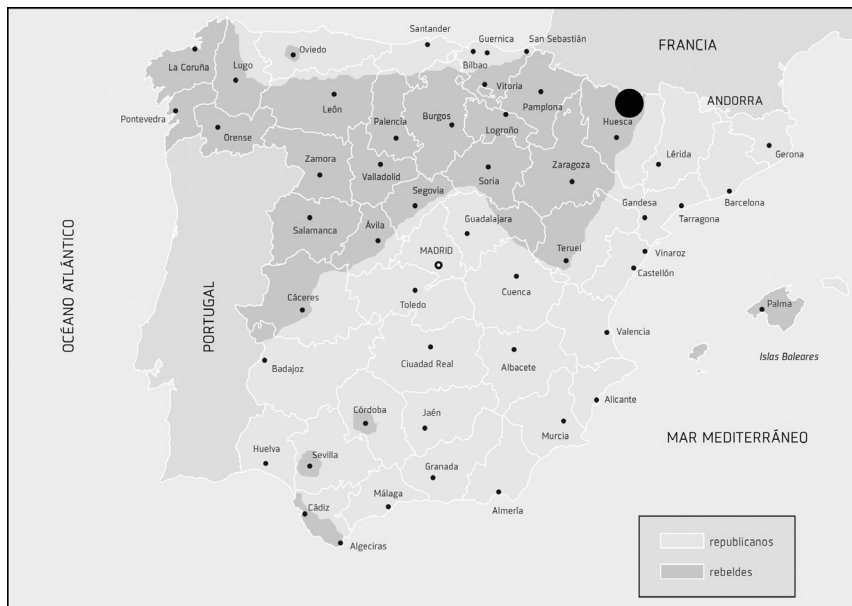
Las guerras carlistas del siglo XIX, las deficiencias de la Restauración y el peso político de la Iglesia y el Ejército habían abierto en la España del siglo XX una gran brecha entre la oligarquía y el resto de la sociedad. Los nacionalismos vascos y catalanes cobraron también mucha fuerza. La economía agraria, el alto nivel de analfabetismo y la carencia de infraestructuras educativas frenaron la modernización del país. Asimismo, las ideologías europeas agravaron la situación: por un lado, el comunismo radicalizó al movimiento socialista obrero español; y por otro, el nazismo y el fascismo hicieron lo respectivo con los sectores más conservadores. En abril de 1931, se celebraron en España elecciones municipales y, ante el desfavorable resultado para la monarquía, el rey Alfonso XIII decidió abandonar el país para permitir que se instaurase la Segunda República. Las reformas democráticas propuestas por el nuevo gobierno no calaron en la población y se acentuaron en la sociedad todavía más las ideologías extremas de izquierda y de derecha.

Así, tras varios años de gran inestabilidad social y política, el 17 de julio de 1936 el Ejército español de África se sublevó contra el gobierno del Frente Popular (coalición de partidos de izquierda que había ganado las elecciones de febrero de 1936). Al día siguiente, 18 de julio, algunos regimientos y guarniciones de toda España se sumaron al golpe de Estado, mientras muchas otras se mantuvieron fieles al Gobierno electo de la República. Este fallido golpe de Estado generó la Guerra Civil Española, que resquebrajó el país y lo dividió

en dos bandos. Formaron parte del bando republicano los partidarios del Frente Popular, comunistas, anarquistas, socialistas, miembros de los sindicatos de la UGT y la CNT, nacionalistas vascos y catalanes. Lucharon en el bando sublevado gran parte del alto mando del Ejército, así como fascistas, carlistas, votantes de la CEDA, un gran sector de la Iglesia y en general todos aquellos que temían una revolución proletaria en España o que veían peligrar su estatus social. El golpe triunfó en zonas rurales, pero fracasó en las zonas industrializadas en las que el sector proletario contaba con más poder. La población civil, independientemente de cuáles fueran sus posiciones políticas personales, quedó a merced de la decisión de los generales de sus respectivas zonas de unirse a la sublevación o mantenerse fieles al gobierno. Donde el ejército se mantuvo fiel fue llamada «zona roja» y donde se rebeló fue denominada «zona nacional».

El territorio de Aragón quedó dividido en dos y se convirtió en línea limítrofe entre los dos bandos, lo que provocó un sufrimiento atroz en la población civil.

«Republicanos / Rojos» Bando republicano	«Nacionales / Fascistas» Bando sublevado
• Ejército Popular de la República • Ejército vasco • Milicias confederales populares (CNT, FAI, FIJL, UGT, POUM) • Ayuda extranjera: Unión Soviética y México (Brigadas Internacionales)	• Ejército sublevado • Ejército de África • Falangistas • Carlistas (paramilitares requetés o «boinas rojas») • Ayuda extranjera: Alemania (Legión Cóndor), Italia (Corpo Truppe Volontarie) y Portugal (Viriatos)



Zona republicana y zona sublevada en 1936
En el círculo negro, el Alto Aragón



Capítulo 1

Hacia el puerto

Abril de 1938. Pirineo de Huesca, España. Ante la ferocidad del avance de las tropas nacionales y su inminente llegada al Alto Aragón, el teniente coronel de la ya aislada 43ª división del Ejército Popular, Antonio Beltrán Casaña, más conocido como «El Esquinazau», ordenó la inmediata evacuación hacia Francia de la población civil de toda la zona que se encontraba en la denominada «Bolsa de Bielsa». Uno de esos pueblos fue San Juan de Plan.

Cándido sostenía junto a su pecho a su bebé Teresa, de apenas dos meses, mientras miraba con preocupación a través de la ventana las nubes amenazadoras que se cernían sobre los picos nevados que rodeaban el valle de Gistaín. Su mujer, Máxima, se apresuraba detrás de él a poner en una deteriorada maleta las más esenciales pertenencias.

—Te voy a acompañar hasta que encontremos un lugar seguro en Francia —dijo Cándido a su esposa dándose la media vuelta.

—No te dejarán pasar —lamentó Máxima sin levantar la vista de la maleta—. La orden de evacuación es solo para mujeres, niños y personas invalidadas para el combate. Te detendrán en la frontera.

Cándido dio unos pasos y se sentó sobre la cama. Máxima lo imitó.

—Lo sé, Máxima, pero me las ingeniaré. ¿Cómo quieres que viva si no sé con certeza que estás bien?

—¿Y cómo crees que me voy a sentir yo una vez que cruce la frontera y te vea regresar por el camino andado hacia la zona de guerra? —repuso Máxima levantándose de la cama y dirigiéndose hacia la ventana.

De repente los dos se encontraron mirando a Teresa. No necesitaron hablar para darse cuenta de que estaban pensando lo mismo. Teresa sonreía ajena totalmente al infierno que le esperaba.

—¿Y si no nos vamos? —sugirió la mujer—. He escuchado que varios quieren permanecer en el pueblo y no están dispuestos a abandonar sus casas. Podríamos...

—Eso es imposible —cortó tajante el esposo—. Aquí corréis demasiado peligro. Los nacionales no van a tardar en llegar. He escuchado en la radio de don Justo, el médico, que en apenas tres semanas han conseguido derrumbar el frente de Aragón. Solo les queda la Bolsa de Bielsa, cercada por todas sus partes sin contacto con la zona republicana de Cataluña. Solo tenemos una salida: Francia.

Unos golpes secos sacudieron la puerta, detrás de la cual se oían unos gritos que buscaban a Cándido. Este reconoció la voz. Era Antonino, padre de uno de los alumnos de Máxima en la escuela del pueblo.

—¿Es verdad lo que estoy oyendo? —preguntó Antonino entrando bruscamente en la casa sin siquiera saludar. No podía ocultar su nerviosismo—. ¿Debemos abandonar el pueblo?

—Las mujeres, niños y ancianos... sí —le dijo Cándido—. Tú y yo, Antonino, tendremos que regresar. Somos «reservistas» y en cualquier momento, dependiendo de cómo se desarrolle la guerra, podemos ser movilizadas al servicio. Yo tengo treinta y cinco años, pero tú eres más mozo y seguramente te llamarán antes.

Antonino, de baja estatura, fijó su mirada en Cándido por unos segundos. Acto seguido se dio la media vuelta y salió de la casa a paso veloz. Cándido le gritó.

—¿A dónde vas?

Antonino regresó sobre sus pasos, tomó de un brazo a Cándido, se acercó a su rostro y le dijo:

—He trabajado mucho durante toda mi vida y tengo mis ahorros. Cándido, tú sabes que San Juan de Plan es un pueblo pequeño. Quién sabe lo que le sucederá a nuestras casas una vez que abandonemos el lugar. Seguramente serán saqueadas, ¡si no es que totalmente destruidas! No lo voy a permitir. No puedo perder lo que con tanto sudor he logrado juntar durante mi vida —la presión sobre el brazo aumentó—. Esta guerra, aunque no nos mate, ¡va a destruir nuestras vidas! ¡Ya lo está haciendo! Voy a buscar un lugar seguro para esconder mis objetos más valiosos. Espero encontrarlos a mi regreso. ¡Salud!

Antonino levantó el puño en alto, desapareció detrás de la esquina y se dirigió hacia la Plaza Mayor, donde tenía su casa. Cándido regresó con Máxima y Teresa para decidir qué es lo que debían llevar para el viaje. Ese año había sido muy frío y en abril la nieve todavía estaba completamente instalada en el pirineo aragonés, barrera que debían atravesar hasta llegar a Francia. Treinta kilómetros les separaban de la paz, pero no de la serenidad. Cándido debía regresar a esta zona y el futuro era totalmente incierto. Solo pensar en estar lejos de sus dos amores le producía un intenso dolor. La guerra arrolla como un río desbordado todo lo que encuentra a su paso: amistades, afectos, familia, vidas. Además, debían pensar cuál sería el mejor momento de partir hacia Francia. Treinta kilómetros surcando las montañas nevadas de los Pirineos por el puerto de Plan sin otra ayuda que los propios zapatos era ya de por sí una empresa arriesgada que podría cobrarse sus vidas. Semanas atrás, cuando empezó a correr el rumor de la eventual evacuación, Máxima no dejó ni un solo día de desgranar su Rosario —con sus propios dedos y sin mover los labios, dado que había enterrado todos sus artículos religiosos por miedo a las represalias de las milicias anarquistas— pidiéndole a Dios que evitara ese fatal destino. Sin embargo, poco pudieron hacer los rezos ante la vorágine de la guerra.

En San Juan de Plan se respiraba mucha confusión: unos se preparaban a marchar, otros se resistían a abandonar el pueblo, otros buscaban clandestinamente lugares donde esconderse y poder así sobrevivir no solo a los bombardeos nacionales, sino a las represalias si eran descubiertos. Familias enteras ya se habían encaminado a la frontera y las casas que dejaron atrás no habían tardado en ser saqueadas. El paso a Francia más importante de la zona era el puerto de Bielsa, pero a ellos les quedaba más cerca el puerto de Plan, un antiguo sendero que se usaba desde tiempos inmemoriales para todo tipo de contrabando. Recorriendo en dirección opuesta el curso del río Cinqueta, iniciaba el camino hacia las cumbres.

—Mañana a las cinco de la mañana nos encaminaremos hacia el puerto de Plan —le confirmó Cándido a su esposa—. Necesitamos aprovechar al máximo las horas de luz solar. Si nos oscurece antes de llegar a la frontera, no sobreviviremos. Menos mal que estamos en abril y tenemos horas suficientes de sol.

Máxima asintió con la cabeza mientras daba de lactar a su hija. Se asomó discretamente a la ventana y reconoció a Juanito, uno de sus alumnos de la escuela, junto con sus padres. Estaban abandonando el pueblo. El niño, de siete años, cargaba un pequeño muñeco de madera que había construido en la escuela. Máxima recordaba el cariño con el que Juanito había presumido de ese trabajo ante los demás alumnos. Tenía la letra “J” en su pecho en honor de su propietario, una letra que Juanito mostraba orgullosamente a los demás para decirles que ya sabía leer. Muy lento, pero ya distinguía las letras. Quería hacer siete muñecos como esos, uno con cada letra de su nombre. Solo le había dado tiempo de hacer el primero, y ahora ese muñeco no permitía a Juanito tener las manos libres y dificultaba un poco su paso. Su padre se percató enseguida, se arrodilló frente a Juanito y le dirigió unas palabras que Máxima no pudo descifrar, dado que el padre estaba dándole las espaldas. Solo pudo observar cómo el rostro de Juanito se entristeció aún más. Apoyó el muñeco en una piedra y continuó caminando con la mano cogida a la de su padre. Eso sí,

cada tres pasos giraba el cuello para cerciorarse de que el juguete todavía estuviera allí donde lo dejó.

—Voy a buscar algo de leña para encender la chimenea —dijo Cándido—. Necesitaremos calor en nuestros cuerpos para el camino de mañana.

Aquella noche Cándido y Máxima no pegaron ojo. Teresita se despertó varias veces. Ruidos lejanos de ametralladora, fusiles y la incertidumbre de lo que les esperaba a partir de entonces les impidió conciliar el sueño. Máxima aprovechó un momento de relativa tranquilidad para tomar uno de sus libros más preciados (*La imitación de Cristo* de Thomas de Kempis, un regalo de su tío Manuel, sacerdote), y esconderlo en el tejado de la casa, oculto debajo de una teja y bien protegido por una tela para que el agua dañara lo menos posible sus páginas. Por si acaso, lo había camuflado bajo el forro de *El Corsario Negro*. «Espero poder recuperarlo cuando todo esto acabe», se decía Máxima. Ese libro tenía un valor muy especial para ella, por las circunstancias en las que su tío se lo regaló.

Aún reinaba la oscuridad de la madrugada cuando Cándido se levantó y despertó a su mujer. Había llegado la hora de alistar todo para partir hacia Francia. Ropa, documentos personales, algo de comida para el viaje y poca cosa más. Para el resto, se encomendaban a la providencia de ese Dios que parecía haberse olvidado del Valle de Gistaín. Era el alba del 11 de abril cuando emprendieron el viaje. Cándido con un bastón y una maleta, y Máxima con Teresa en sus brazos, enrollada cuatro veces en una manta, dejaban a sus espaldas no solo lo que hasta ahora había sido su hogar con sus pertenencias, sino también sus seguridades y sus planes de futuro. Por lo menos se tenían el uno al otro. Una mirada a su alrededor y lo que habían podido escuchar por radio de la guerra les hacía pensar que a pesar de su desesperada situación, podían considerarse todavía relativamente afortunados. Sin embargo, ignoraban por completo qué les deparaba el destino. Las montañas nevadas que, como un muro, se alzaban

frente a su vista, eran un vivo reflejo de lo que en ese momento eran capaces de intuir acerca de su porvenir. Empezaron a caminar en silencio. Por un lado, era necesario ahorrar energías, y por otro no tenían ánimo para hablar. A los dos se les venían a la memoria recuerdos de su pasado común, momentos alegres en su día, pero que ahora quedaban empañados por un presente cruel y un incierto futuro. A medida que avanzaban descubrían que no caminaban solos. Habitantes de Plan, Gistaín, Saravillo, Señes y Serveto compartían un idéntico destino. Algunos incluso venían desde más lejos, desde Bielsa.

—¿Por qué llegáis hasta aquí y no pasáis por el puerto de Bielsa? —preguntó Cándido a un anciano.

—Temen que el paso fronterizo de Bielsa quede desbordado de personas. Un soldado de la 130 Brigada me ha dicho que somos miles los que estamos cruzando a Francia, quizás unos cinco o seis mil —respondió el anciano sin levantar la mirada del pedregoso suelo. Deseaba evitar una torcedura de tobillo que aumentara todavía más el calvario de la subida.

—¿Y cuántos días llevan ustedes caminando? —volvió a inquirir Cándido.

—Tres. Mira, yo ya tengo las alpargatas rotas —dijo el anciano señalando su pie izquierdo—. Ayer en la noche pudimos dormir en el porche de una casa abandonada. Tuvimos suerte, la casa todavía estaba intacta. Los dueños incluso habían dejado un porrón con vino. Pensé: «¡Qué suerte que han pensado en nosotros!», así que bebimos para calentarnos.

Cándido y Máxima esbozaron una sonrisa, de las poquísimas que intercambiaron durante el trayecto. De vez en cuando se cruzaban con soldados republicanos. Algunos de ellos ayudaban a cargar las pertenencias de mujeres y ancianos, sobre todo en ciertos tramos peligrosos. Otros, controlaban uno a uno a los pasantes. Es posible que buscaran a algún burgués sospechoso entre los evacuados. Cándido, acostumbrado a las largas caminatas, llevaba bien el paso ayudado

también por sus largas zancadas. Flaco, pero de constitución fuerte y fibrosa, soportaba con facilidad el peso de la maleta. Su mujer, de pequeña estatura y delgada, parecía también aguantar el esfuerzo físico. Dentro de ese diminuto cuerpo se escondía una fortaleza interior envidiable, acorde con su nombre.

Al pasar junto a una borda, pequeña construcción donde se solía guardar la hierba cortada en verano con la que luego en invierno se alimentaba al ganado, se asomó por la puerta un anciano originario de Labuerda, pueblo natal de Cándido, situado a unos treinta kilómetros al suroeste de Plan.

—¡Don Murciano! —exclamó Cándido.

—¡Cándido! —gritó el anciano con los ojos sobresaltados—, ¡qué coincidencia!

Acto seguido se percató también de la compañía de Máxima con Teresa en brazos, entristeció su rostro y aseguró a Cándido:

—No te dejarán pasar con ellos. Una vez llegados a la frontera, tendrán que continuar solos.

—Ya veremos —respondió con semblante serio—. Algo se me ocurrirá. ¿Cómo está mi padre? ¿Ha sabido algo de él? —preguntó ansioso Cándido.

—Tu padre Ramón salió hacia Bielsa para pasar a Francia desde ese puerto.

—Pero ¿está bien? ¿Cómo está de salud?

—Bien, bien... ya lo conoces. Es un hombre fuerte. Lo vi un día antes de que partiera hacia Bielsa. Iba acompañado por otras personas del pueblo. Así que no haría la travesía solo.

Cándido respiró aliviado. La incertidumbre sobre su padre lo atribulaba y las palabras de Murciano le proporcionaron algo de paz.

—Y usted, ¿cuántos días lleva caminando, don Murciano? —preguntó con curiosidad mientras ayudaba al anciano a acomodar su exiguo equipaje dentro de una bolsa de tela.

Murciano guardó unos segundos de silencio, pensativo.

—Llevo tres días de travesía —su ropa lo confirmaba— y afortunadamente anoche encontré esta borda vacía donde pude recostarme y protegerme del frío. Cándido —exclamó el anciano llevándose las manos a la cabeza—, el infierno está cayendo sobre nosotros. La muerte nos persigue. El comité de Labuerda nos ordenó huir. Mi hermano estaba enfermo y también a él le obligaron a irse. Pero como yo solo no tenía fuerza suficiente para acompañarlo, le asignaron a otro grupo y se lo llevaron con una camilla hacia el paso de Bielsa. A mí me dijeron que pasara por Plan. A pesar de mi insistencia, no me permitieron acompañarle. No sé si lo voy a encontrar en Francia. Llevo esta foto suya en el bolsillo —continuó extrayendo de su bolsillo derecho una pequeña estampa y mostrándosela a Cándido— con la esperanza de hallarlo.

—No hay que perder la esperanza —la voz femenina sorprendió a Murciano. Máxima le sonrió al mismo tiempo que acariciaba la frente de Teresa.

—Los hechos se imponen, doña...

—Máxima.

—Los hechos se imponen, doña Máxima —continuó Marciano—, la destrucción es segura. Por un lado, la aviación alemana, que ha venido en apoyo de los sublevados, está bombardeando puentes, carreteras e infraestructuras. Por otro, en los pueblos que han quedado confinados en la Bolsa de Bielsa, son los mismos rojos quienes se encargan de no dejar nada en pie. He oído que ya han empezado a quemar pueblos, de Escalona para arriba. No quieren dejar nada a los fascistas. Si no destruyen las casas, queman todo lo que es de madera: puertas y ventanas. Los soldados se meten en las viviendas, empiezan a tirar los muebles por las ventanas y se llevan lo que necesitan para construir sus trincheras. No hay ley que valga.

—Debemos continuar caminando —interrumpió Cándido posando cuidadosamente la mano sobre el hombro de don Murciano—, de otro modo no llegaremos al puerto para el final del día.

—Adelante —dijo Murciano—, no me esperéis, que yo ando más despacio. Encontraré otra borda más arriba donde pasar la noche... espero. Ya llegaré a Francia y buscaré a mi hermano.

Cándido abrazó a Murciano, le ayudó a cargar sus pertenencias sobre sus espaldas, le deseó suerte y continuó la marcha con Máxima, alejándose cada vez más de su anciano amigo, que se quedó atrás. El camino, remontando el cauce del río Cinqueta, comenzaba a hacerse cada vez más empinado. San Juan de Plan estaba a unos 1000 metros de altitud y el puerto de Plan se alzaba a 2500. Para alcanzarlo, primero debían llegar hasta las ruinas del hospital de Gistaín, construcción que se remontaba al siglo XIV y que se encontraba a unos quince kilómetros de San Juan de Plan. Una vez ahí, se apartarían del cauce del río y se dirigirían hacia el noroeste cruzando el puente de Viadós, a 1500 metros de altitud. A partir de ese lugar empezaba lo más arduo: un largo y progresivo ascenso de otros quince kilómetros entre bosques y pastizales de alta montaña. Dado que el puerto de Plan era una ruta de comercio donde pasaban muchas caballerías con mercancías, en meses calurosos el camino no entrañaba particular dificultad. En buenas condiciones climáticas y libre totalmente de peso, desde el hospital de Gistaín se podía alcanzar el puerto en unas cuatro horas, a buen paso. Sin embargo, era abril de un año de muchas nevadas. Recorrerlo a pie, clavándose en la nieve, envueltos en la niebla, sufriendo el intenso frío y el viento del Pirineo, y además cargando equipaje, implicaría el doble o el triple de tiempo. Además, había abundante hielo. Era necesario caminar con cuidado. Un pequeño resbalón podía ser mortal. Sin prisa pero casi sin pausa.

Llevaban ya varias horas marchando. Máxima, vencida por el cansancio, había cedido a Teresa a su padre, quien la cargaba con su brazo izquierdo. Con su brazo derecho levantado en ángulo recto

sostenía tanto a su esposa como el bastón que se había colocado sobre sus hombros para colgar del mismo la maleta. El paso era lento pero constante. El silencio abrumador solo lo rompía el rumor descendente del río Cinqueta, helado en algunos parajes, y los puntuales llantos y gritos de desesperación de otro río, este humano, que ascendía hacia las montañas. Cándido se distrajo un momento contemplando unas aguas que conocía a la perfección gracias a su apasionada afición por la pesca. Su caña había presenciado muchos amaneceres en tranquilos rincones del río, donde, caminando arriba y abajo, esperaba pacientemente que picara algún pez, por lo general una trucha. Eran lugares de extrema belleza y sosiego. Ahora el paisaje era idéntico, pero las circunstancias amargaban esos recuerdos. «Por lo menos las aguas conocen dónde terminarán su curso —pensó en sus adentros— pero yo no sé dónde finalizará el nuestro».

Finalmente alcanzaron el hospital de Gistaín. Se detuvieron un rato para descansar, dar de comer a Teresa y ponerse también ellos algo en el estómago. Necesitaban recobrar fuerzas para el ascenso que les esperaba.

—Ahora viene lo más duro —afirmó él—, la subida es larga.

—La subida no me preocupa, Cándido —dijo Máxima.

—Entonces... ¿qué te preocupa?

—¿Qué me preocupa? Lo que nos aguarda inmediatamente después. No quiero llegar al puerto, no quiero llegar a la frontera, ¡no quiero enfrentar el momento de la despedida! ¿Por qué Dios no escucha mis rezos?

Cuando Cándido oyó las palabras «Dios» y «rezos» se inquietó. Miró hacia los lados para comprobar si otras personas habían escuchado. Parecía que nadie se había percatado de las palabras de su mujer, ni siquiera un joven soldado que a pocos metros estaba limpiando su fusil.

—¡Cuidado, Máxima! —le advirtió en voz baja mientras se arrodillaba frente a ella y le acariciaba el pelo—, acuérdate que hay soldados

republicanos a tu alrededor. Y no solo soldados. Cualquier persona podría acusarte de pertenecer al bando rebelde y, si eso sucede, te aseguro que ni siquiera alcanzaremos la frontera.

Máxima asintió en silencio.

—Debemos ser fuertes. Teresita nos necesita. Y a ti más que a mí ahora —sentenció Cándido mientras se incorporaba no sin antes volver a observar discretamente a su alrededor—. No hay que perder la esperanza —la animó recordándole las mismas palabras que él había usado con don Murciano.

Tras un breve descanso, ambos reemprendieron la marcha iniciando el ascenso. La maleta se iba haciendo más pesada por minutos y Cándido tenía que cambiar el bastón de hombro donde la sostenía, lo que obligaba a su mujer a moverse al brazo opuesto de su esposo. Los demás caminantes también experimentaban las dificultades propias del ascenso. Al alcanzar un bosque, Máxima observó cómo un hombre se adentraba entre los árboles con su equipaje.

—¿Dónde irá? —le preguntó a su esposo.

—Intuyo que el peso de la maleta se le habrá hecho excesivo. Seguro que ha entrado en el bosque para esconder algo valioso pero pesado, con la esperanza de rescatarlo en el futuro.

Al incrementar la altitud, la intensidad del viento y la sensación de frío se multiplicaban, así como el cansancio en las piernas. Cándido resbaló al pisar el hielo en un peldaño de piedra y casi dejó caer a Teresita de sus brazos. Afortunadamente era muy ágil de reflejos y pudo evitar la desgracia. Pero no todos tuvieron suerte. La montaña no tiene piedad y esa cuesta ya se había cobrado más de una vida.

Máxima se contrajo de repente.

—¿Qué te sucede? —preguntó Cándido.

Su esposa, enmudecida, simplemente le señaló el borde del camino. A unos cuantos metros sobresalía la mano rígida de una persona enterrada. La subida habría sido demasiado para él... o ella. Máxima

hizo el ademán de santiguarse, pero en ese momento volvió a su mente la advertencia que le había dado Cándido junto al hospital, por lo que optó por rezar internamente un avemaría por el eterno descanso de esa alma.

Algunos soldados ofrecían burros a los más ancianos para desplazarse sentados sobre sus lomos. Al inicio sentían alivio al no tener que caminar más, pero al poco rato tenían que desistir dado que se les empezaba a congelar los pies. Con tristeza se veían obligados a bajar del animal y continuar la marcha por sus propios medios.

La progresiva y constante subida iba transformando el equipaje en un peso cada vez más molesto. Comenzaron a aparecer en los bordes del camino más y más objetos. Cándido y Máxima distinguían artículos de valor que las personas habían cargado en sus maletas, pero cuyo peso habría llegado a ser verdaderamente insoportable, hasta el punto de no tener otra opción que desprenderse de ellos para seguir caminando. Nada valía más que la vida. Cuberterías de plata, relojes, candelabros y hasta maletas enteras yacían anónimamente abandonadas sobre la nieve, objetos privados ahora de todo su valor. En otra circunstancia cualquiera se habría abalanzado sobre ellos arrastrado por el impulso de la avaricia. Sin embargo, la imperiosa necesidad de llegar vivos al puerto hacía que dichos utensilios, más que un tentador canto de sirenas, fueran un reflejo de la deprimente situación de tantas familias que los dejaban atrás con impotencia. Esos bártulos habían albergado por unas horas o unos días la esperanza de los aldeanos aragoneses, pues tenían el cometido de ser vendidos en Francia con el fin de comprar comida, medicinas, alojamiento y abrigo. Sin embargo, los copos de nieve que empezaban a caer iban lentamente sepultando esos «tesoros», y con ellos gran parte de esa esperanza que las personas habían depositado en ellos.

Unos metros por delante de nuestros caminantes ascendía fatigosamente una pareja de ancianos. El viento arrancó de la mano de la vieja mujer un papel que debía de ser muy importante, pues el esposo

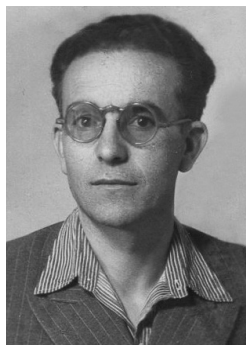
salió inmediatamente tras él, pero con tal mala fortuna que resbaló en el hielo y comenzó a caer aparatosamente pendiente abajo ante la asustada mirada de su esposa. Fue imposible auxiliar al accidentado. Un golpe seco en la nuca frenó bruscamente la caída, dejando el cuerpo totalmente inmóvil y sangrante. La mujer gritaba desconsolada y gesticulaba pidiendo a los caminantes socorro. Sin embargo, nadie parecía escuchar sus lamentos. Todos tenían ya sus propias penas como para ocuparse de las ajenas. De repente, se divisó una silueta que se separó de la fila y comenzó a caminar hasta el lugar donde había quedado tendido el anciano. Era un soldado. Cuando lo alcanzó se dio cuenta de que ya no se podía hacer nada por él. El golpe había sido demasiado fuerte para un cuerpo tan debilitado por la edad. Le cerró los ojos, hurgó en sus bolsillos y extrajo toda la documentación y dinero que el fallecido llevaba encima. Después de unos minutos alcanzó a la desesperada anciana, le entregó todo lo que había rescatado de la ropa de su esposo y le comunicó la triste noticia.

—¡Déjame aquí! —gritaba con fuerza la anciana entre lágrimas—. Moriré yo también en esta montaña. ¿Qué puedo esperar de Francia si ya no lo tengo a él? ¡Todo es culpa de la guerra!, ¡todo es culpa vuestra!, ¡todo es culpa tuya!, ¡maldito seas! —increpaba al soldado mientras lo golpeaba.

El soldado con suma paciencia aguantó los golpes y levantó del suelo a la desolada mujer.

—Tiene que seguir caminando, señora. Le aseguro que su marido querría que usted continuara hasta Francia. Hágalo por él... ¡y por sus nietos! ¿Quién le contará a sus nietos la vida de su abuelo si usted tira la toalla ahora? Vamos, yo la ayudaré en lo que queda de subida.

Cariñosamente la sostuvo por el brazo y poco a poco comenzaron a subir la montaña. ¿Por qué ese joven soldado tuvo un gesto tan humano? ¿Quién puede saber? Quizás vio algo en esa anciana que le recordó a su propia abuela y no quiso dejarla abandonada a su suerte.



Cándido



Máxima

«¿Qué puedo esperar de Francia si ya no lo tengo a él?». El grito de la anciana llegó a los oídos de Máxima y entró como un puñal hasta lo más profundo de su corazón. Miró a Cándido y se aferró fuertemente a su brazo. Teresita comenzó a llorar envuelta en su manta. Pedía comida, por lo que tuvieron que parar unos minutos. Era alrededor de las dos de la tarde.

—Tengo mucho miedo, Cándido. Ya no queda mucho para la frontera y no sé qué será de nosotros una vez que lleguemos ahí.

Su esposo no respondió. Se restregó los ojos, escocidos por el intenso reflejo de la luz en la nieve. Permanecía en silencio, con el rostro cansado, mirando fijamente en dirección al puerto de Plan. Ahora que lo tenían más cerca, por primera vez él también se empezó a preocupar.

Capítulo 2

¡Volveré!

Tras varias horas más caminando bajo la nieve, la pareja y su bebé alcanzaron finalmente el puerto de Plan. El caos era total: la multitud se agolpaba a las puertas de la frontera, triste, desangelada, impaciente. La barrera estaba cerrada porque no habían llegado todavía las órdenes de apertura. Unos pocos y desgastados milicianos republicanos vigilaban la parte española, mientras que un número más elevado de gendarmes franceses esperaban indiferentes al drama del otro lado de la frontera, en territorio francés. Ni unos ni otros parecían preocuparse de la situación de los civiles que se amontonaban en la zona y que iban aumentando con el paso de los minutos. Manos y pies comenzaban a experimentar síntomas de congelamiento. En situaciones tan desesperadas como esta sale a relucir un apego justificado, pero terriblemente insolidario, al propio bien. El «sálvese quien pueda» es una ley humana que siempre sale a flote en circunstancias límite. Había empujones, gritos, codazos, reproches, etc., entre los amontonados aldeanos para lograr un puesto más adelantado en la fila, si es que lo que allí se veía podía ser todavía calificado como fila. Todos se sentían con el derecho de hacerlo. Además, la fatiga extrema de la subida y el intenso frío había reducido la paciencia a su mínima expresión. Los soldados hablaban entre ellos mirando de vez en cuando la multitud, cada vez más exaltada. Comenzaron a gesticular a los gendarmes franceses para iniciar el procedimiento de paso. Es-

tos, desde el otro lado, respondieron con un rotundo: «L'autorisation n'est pas encore arrivé»*. La barrera seguiría cerrada. Al fin y al cabo, no era su problema... ni su guerra.

Cándido había dejado en un lugar separado a Máxima y Teresita, con el fin de introducirse en la apretada multitud y tratar de entender un poco mejor qué era lo que estaba sucediendo. Cuando se percató que la espera sería larga, salió como pudo de la masa humana y se dirigió hacia su familia. La niña estaba bien abrigada, pero su madre empezaba a sufrir algunos temblores.

—Los soldados están confundidos. No sé cuándo alzarán las barreras —dijo Cándido mientras se quitaba su abrigo y lo ponía sobre los hombros de su mujer.

—¿Y qué va a pasar? —preguntó Máxima.

—Ojalá supiera. Dependemos de cuándo los gendarmes reciban la orden de permitir el paso.

Algunas familias, previendo lo que se avecinaba, empezaron a juntar la madera que podían encontrar para hacer fogatas y calentarse durante la noche. La oscuridad no tardaría mucho en llegar. Mientras, los hombres amontonados seguían esperando instrucciones de los soldados, las cuales no llegaban. Al cabo de unos minutos, un soldado, subido sobre una mesa, gritó con voz potente:

—¡Camaradas! ¡Silencio!

Las personas alzaron la vista, interrumpieron lo que estaban haciendo y se acercaron lentamente hacia donde se encontraba el soldado.

—Tenemos una importante noticia que comunicaros: la autorización del Gobierno francés para abrir la frontera a través del puerto de Plan no ha llegado a los gendarmes que están custodiando el paso a pocos metros de nosotros. Por motivos de seguridad, os confirmo

* La autorización no ha llegado aún.

que la barrera permanecerá cerrada hasta mañana a las siete de la mañana. Así pues, no os amontonéis más. Permaneced en familia y resguardaos del frío. Eso es todo lo que puedo deciros, así que ¡hala!, a dispersarse todo el mundo, ya no es necesario que os estéis empujando los unos a los otros –dicho esto bajó de la mesa dando un salto.

La noticia cayó como jarra de agua fría para las pobres personas que llevaban horas esperando. Cabizbajos se fueron retirando y concentrando en pequeños grupos, no sin antes haber proferido insultos contra los gendarmes franceses. Los pocos soldados que había llegaron con unas carretillas llenas de leña seca. En cuestión de minutos ya ardían varias hogueras. Cándido y Máxima estaban sentados junto a una de ellas.

–Por lo menos tendremos otra noche en la que podemos estar juntos –se consoló la maestra.

–Confío en que me dejen pasar –afirmó Cándido mientras se sentaba al lado de Máxima y la abrazaba –. Es cuestión de situarse en la fila adecuada. Como en la pesca, importa mucho el lugar que escoges para tirar el anzuelo. He estado observando a los soldados y me parece observar uno con un corazón más comprensivo que el resto. Parece buena persona; con las palabras precisas, posiblemente me permita pasar.

–¿Y qué le dirás?

–De inicio, absolutamente nada. Intentaré atravesar contigo sin abrir la boca, pasando desapercibido. Sería contraproducente que iniciara yo el diálogo. Si me preguntan, ya responderé lo mínimo indispensable.

–Bueno –insistió Máxima–, ¿y si te preguntan? ¿Qué piensas responder?

–Pues esto...

Cándido introdujo la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y extrajo un documento. Extendió el brazo hacia Máxima y cuando esta lo iba a tomar en sus manos para leerlo, se oyó una voz.

—¿Eres tú, Cándido?

El maestro replegó su brazo y sin alzar la vista guardó rápidamente el documento en el bolsillo sin que su mujer hubiera tenido la oportunidad de leerlo. Una vez puesto a buen recaudo, levantó la mirada y vio un rostro que le parecía familiar.

—¿Eres Cándido Calvera Aguilar, de Labuerda?

—Sí, señor, el mismo —respondió con rostro extrañado. No lograba reconocer a su interlocutor, con la tez oscurecida por el sol y la cara parcialmente tapada con una bufanda.

—Soy Martín —dijo la voz detrás de la bufanda.

—¡Martín!

Cándido se levantó y abrazó efusivamente a Martín, un panadero viudo entrado en años con quien había entablado amistad durante su período de maestro en Gistaín. Compartían posiciones políticas: ambos veían la República como un paso a la modernidad.

—Siéntate, por favor —le invitó el maestro acompañando sus palabras con un gesto educado—. ¿Estás solo? ¿Y Juan, tu hijo?

—Sí. Estoy solo. A mi hijo lo movilizaron y está combatiendo en Bielsa —respondió el panadero sacando un cigarro del bolsillo y encendiéndolo—. Estos son de los pocos consuelos que quedan en la guerra —continuó mientras sostenía el cigarro en sus dedos y lo miraba con una sonrisa. Por respeto a Máxima y a Teresa, exhaló el humo en dirección opuesta—. Las cosas se están poniendo cada vez peor. No sé qué va a pasar con Juan.

La sonrisa le desapareció repentinamente de los labios. Martín detuvo su mirada en Máxima, y de manera especial, en la pequeña Teresa, inquieta en los brazos de su madre.

—¡Qué tristeza no saber qué futuro les espera a estas pobres criaturas! —suspiró Martín—. Me pregunto qué pensarán una vez que crezcan, miren hacia el pasado y nos vean. ¿Qué sentirán? ¿Honor por

lo que hemos luchado y defendido o vergüenza por lo que hemos provocado y les hemos dejado en herencia?

—Bendita Teresita si sobrevive a este infierno y llega a edad adulta para hacerse esa pregunta —respondió Cándido—. Creo que el saberse viva ya le debería hacerse sentir afortunada. Pero dime, Martín, ¿qué sabes del conflicto bélico?

—Uy, pues qué te diré... Hace algo más de una semana estuve escuchando una radio en una de las casas del pueblo. Pocas esperanzas. El Esquinazau apenas cuenta con unos siete mil hombres y cuatro cañones, mientras que el Ejército nacional nos dobla en hombres y cuenta con treinta cañones, además de los aviones italianos y alemanes. Esperemos que las tropas del frente de Cataluña puedan venir en nuestra ayuda y liberarnos de los sublevados. Estamos resistiendo heroicamente desde hace un mes. Hasta hemos tumbado algunos aviones con ametralladoras en picos de tres mil metros, pero necesitamos absolutamente apoyo. La situación se está volviendo insostenible y la contraofensiva catalana no llega. Los nacionales ya han ocupado Graus y Benabarre. Si nos evacúan, es que las cosas se van a poner muy feas, que te lo digo yo. ¿Y tú, Cándido, qué haces aquí?

—Yo... yo pienso acompañar a mi esposa y a mi hija hasta el refugio en Francia y luego regresaré —respondió el maestro.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo piensas que te dejarán pasar? Puedes ser útil para el ejército más adelante. Te detendrán, te lo digo yo —aseguró Martín.

—Tengo mi plan, pero prefiero guardarlo en secreto.

Ya estaba oscureciendo. Un militar republicano que estaba paseándose por la zona se acercó de frente a Cándido, Martín y Máxima. A Cándido se le heló la sangre pensando que el soldado podría haber oído la conversación. Tomó fuertemente de la mano a su esposa.

—Las mujeres con niños pequeños pueden entrar en la cabina de guardia para pasar la noche —susurró el soldado mientras se agachaba.

Cándido agradeció al soldado bajando cabeza y este se alejó a comunicar la indicación a otras mujeres que veía con niños en brazos.

—¡Pero yo quiero quedarme contigo, Cándido! No sabemos si mañana nos tendremos que separar.

—Entra en el refugio, mujer, es por tu bien y por el de nuestra Tere-sita. Ahí encontraréis más calor y podréis dormir un poco. Como tú dices, necesitamos estar descansados. No sabemos lo que nos espera mañana y seguramente tendremos que caminar mucho más.

La maestra se levantó y obedeció, no sin antes besar a su esposo, quien se quedó cerca de la hoguera contemplando las llamas y revisando una vez más que tuviera el documento en su bolsillo. No podía perderlo. Los soldados se fueron turnando en la vigilancia y en ir alimentando el fuego. De vez en cuando solicitaban ayuda, con no muy buenos modales, a algún civil para que también trajera madera. Más que una petición era una orden. Cándido observaba a su alrededor los rostros tristes de la guerra. Él simplemente era uno más en esa multitud de personas. Cada uno tendría su historia, sus anhelos, sus desilusiones. Cada uno era diferente, y sin embargo, ahora todos compartían un mismo destino: la huida a Francia a través del puerto de Plan. Cándido fijó su mirada en la puerta fronteriza. Divisó a los gendarmes franceses detrás de ella. Aunque era republicano, era católico cabal y si bien no era muy de rezos, en esos momentos le pidió a Dios que, por favor, hiciera lo que fuese necesario para que pudiera atravesar a Francia con Máxima. Y con esos pensamientos se recostó en el suelo y poco a poco el sueño le fue venciendo.

Muy temprano en la mañana, antes del amanecer, ya se empezó a sentir el movimiento inquieto de las personas que iban de un lado hacia otro, tratando de saber si efectivamente la frontera se iba a abrir tal y como habían prometido los soldados el día anterior. Máxima salió del refugio y se sentó de nuevo junto a su esposo, quien quiso tomar a su hija en sus brazos y apoyarla junto a su pecho. Los soldados republicanos se dirigieron a la barrera para hablar con los gendarmes franceses. El maestro observaba desde lo lejos y pudo distinguir como tanto los gendarmes como los soldados asentían con la cabeza a la vez

que los primeros les hacían ver unos papeles. A las seis de la mañana el mismo soldado que había dado el anuncio el día anterior volvió a saltar sobre la mesa y anunció:

—¡Camaradas! ¡Buenos días y salud! Prestad atención: el permiso para abrir la frontera ha llegado finalmente. En una hora se levantará la barrera y podréis empezar a pasar. Os recuerdo que solo pasarán mujeres, niños, ancianos y personas inválidas. El resto debe permanecer. Para agilizar el paso, haremos tres filas. Por favor preparad vuestros documentos. ¡Salud!

Apenas el soldado terminó de pronunciar esas palabras, la gente se empezó a mover y posicionar en tres filas. Ya no había los empujones del día anterior. Estaban agotados y sabían que al ser las primeras horas del día no era necesario apresurarse tanto.

—¿En cuál nos ponemos, Cándido? —preguntó Máxima mientras la gente les pasaba a su alrededor.

—No lo sé todavía. Estoy buscando al soldado que vi ayer.

No aparecía. Las tres filas se habían formado con un soldado en frente de cada una, pero ninguno de ellos era el que Cándido había identificado, por lo cual se vio obligado a hacer una nueva elección recurriendo a su intuición de pescador. Uno de los tres soldados de guardia, mientras examinaba la fila que le había tocado, se acercó a un bebé y le acarició la cabeza. Esa pequeña señal le bastó a Cándido.

—¡Rápido, a esta fila, antes de que se llene y nos obliguen a situarnos en una de las otras dos!

Ya estaban situados. Martín había acabado en la fila de al lado. Ahora solo quedaba esperar a que dieran las siete. Cándido se percató de la presencia de algunos hombres de su edad que no eran inválidos, así que se verían en su misma situación. No obstante, ignoraba si esta circunstancia jugaría en su favor o en su contra. Quizás los soldados, dejando pasar al primero, harían también la vista gorda a los siguientes. Pero también podría ocurrir que después de conceder dos permisos se hartaran y negaran el paso a los restantes. Cándido titubeó. No

sabía si era mejor ser de los primeros o de los últimos. Si era de los primeros, posiblemente los soldados todavía estarían de buen humor y lo dejarían pasar. Por su mente también atravesó la idea contraria: al ser precisamente de los primeros el soldado estaría más fresco e inflexible, y no le permitiría pasar, mientras que si se quedaba entre los últimos igualmente el soldado estaría tan cansado que ya no prestaría tanta atención a quienes pasaran delante de él.

—¿Qué hago? —preguntó indeciso a Máxima—. ¿Busco adelantarme o retrasarme? —y le explicó lo que podría ocurrir en cada una de las opciones.

—Aquí hemos caído en la fila, aquí nos quedamos —sentenció la mujer, añadiendo con voz muy baja—: ya la Virgen nos ayudará. Confiamos.

El maestro fijó sus ojos en los de Máxima. Eso era justamente lo que le había enamorado más de ella. Tan delgada, tan fina, tan pequeña, pero con una fuerza interior que le salía no se sabe de dónde. En momentos donde él flaqueaba titubeante, siempre aparecía la figura de su esposa para aportarle seguridad. Casi siempre le tocaba a Cándido ser el fuerte de la familia, pero en ocasiones le cedía humildemente la autoridad a ella, reconociendo su estatura humana y espiritual.

A las siete en punto se alzó la barrera y las filas empezaron a caminar. Cada soldado leía detenidamente los documentos de las personas, cotejaba sus rostros y los examinaba de arriba abajo antes de permitirles el paso con un ligero movimiento de cabeza. De repente, en una de las filas donde no estaban situados Cándido ni Máxima se oyó una voz suplicante:

—¡Por favor, déjeme pasar! ¡Mi familia me necesita! —Un hombre joven había sido descubierto mientras intentaba pasar.

—Tu país te necesita todavía más —respondió secamente el soldado. Y con un empujón lo sacó de la fila—. ¡Largo de aquí, y como te vuelva a ver intentando pasar, aquí mismo te mato por traidor!

Cándido y Máxima asistieron impactados a la terrible escena y vieron alejarse sollozando a ese pobre hombre montaña abajo, de regreso al valle de Gistaín. Máxima se entrelazó fuertemente al brazo de su esposo. Su fila iba avanzando sin mayores dificultades, lentamente pero sin sobresaltos. Poco a poco se iban acercando al soldado, que con movimientos de cabeza iba permitiendo el paso a las personas a la parte francesa. El maestro cargaba a Teresita y la madre rezaba en silencio. Finalmente llegó su turno. Cándido evitó cruzarse con la mirada del soldado y avanzó discretamente sin detenerse, pero de repente una mano en su pecho le obstaculizó el paso.

—¡Un momento! —El brazo del soldado se había interpuesto en el camino a Francia. Cándido permaneció cabizbajo, como si no le estuvieran hablando a él—. ¡Eh, tú, te estoy hablando, mírame! —Cándido alzó lentamente la vista y sus ojos quedaron frente a los del soldado—. ¡Tú te quedas, no puedes pasar!

—¡Por favor! —suplicó Cándido.

—¡Por favor, no puedo quedarme sola con una niña de dos meses! —insistió la maestra.

El soldado miró a Teresa. Luego a Cándido y finalmente a Máxima. Con un tono algo más tranquilo añadió:

—Las órdenes son muy precisas, señora, y están para cumplirse.

—Lo entiendo —respondió Cándido—, pero piensa, por favor, ¿qué harías tú si estuvieras en mi lugar?

—Esto es una guerra, camarada, no tenemos tiempo para ponernos en el lugar del otro... y la patria está por encima de la familia.

—Por favor. Ellas, esta mujer y esta niña, mi familia, necesitan que las acompañe hasta el refugio.

—Me estás haciendo perder tiempo. Hay mucha gente detrás de vosotros —sentenció el soldado alzando el mentón.

Cándido entregó a Teresa a su madre, dejó la maleta en el suelo y rebuscó en su bolsillo interior. Extrajo un documento y se lo mostró al soldado, quien lo observó atentamente.

—Mmmh... «secretario del Centro Radical de Labuerda» —musitó el soldado. Era el carnet de Cándido cuando ocupó ese puesto seis años antes en el pueblo de Labuerda.

—Así es. Si me dejas pasar, te prometo que volveré a zona republicana, y estaré disponible donde mi patria me requiera.

—¿Y qué garantías me das, además de este viejo carnet? —espetó el soldado.

Ahora fue el maestro quien alzó su mentón e infló su pecho.

—Mi palabra de honor. Si lo digo, lo cumplo. Mi honor estará en juego. Volveré.

El soldado quedó impactado ante las palabras de Cándido y guardó silencio. Lo volvió a mirar fijamente a los ojos. Miró otra vez a Teresa y a Máxima. Observó la maleta... era solo una. Plegó el carnet y lo entregó al maestro.

—Te doy veinticuatro horas para volverte a presentar aquí —sentenció el soldado... y con un movimiento de cuello pronunció la palabra «Adelante». El matrimonio suspiró y ambos caminaron hacia la parte francesa.

El frío era tremendo a esas horas tempranas de la mañana. Casi no sentían los pies ni las manos. Los rayos del sol todavía no peinaban esa parte de la montaña. Una vez en la parte francesa, los gendarmes iban recogiendo de nuevo los datos de los refugiados, lo que provocaba más espera. Superado ese trámite cada uno debía buscarse la vida por sí mismo, pues el pueblo francés no estaba preparado para recibir a tantos refugiados. No había ninguna recepción oficial. El gobierno galo había podido improvisar algunas medidas de emergencia, pero el flujo de españoles desbordaba sus capacidades organizativas. Los rostros de los refugiados no cambiaban una vez entrados en Francia. Seguían tristes, desconsolados y nerviosos. No solo ignoraban qué iba

a pasar con ellos, sino que además chocaban con la barrera natural de un idioma diferente. La imposibilidad de darse a entender multiplicaba la angustia.

Cándido y Máxima intentaron localizar inútilmente a Martín. Como el soldado le había dado a su esposo veinticuatro horas no podían perder más tiempo. Además convenía descender cuanto antes de los dos mil quinientos metros de altitud dejando atrás el frío y la nieve. Así que, deseando lo mejor a su compañero, se pusieron a caminar. Máxima pudo entender algunas palabras de las instrucciones que daban los gendarmes.

—Debemos empezar a descender. Creo que unos camiones nos estarán esperando para llevarnos a la estación de tren. Ya no entendí más —explicó Máxima a su esposo.

—Pues vamos, no perdamos más tiempo. Teresita lleva demasiado tiempo en el frío.

Comenzaron a descender por el serpenteante camino. La nieve también era abundante, pero el sendero francés se encontraba en mejores condiciones que la subida a Plan, lo que permitió acelerar el ritmo, ayudados también por la progresiva pendiente que les introducía en el país vecino. Cándido seguía cargando la maleta con el bastón sobre el hombro y Máxima tenía a la bebé en sus brazos.

—¡Mira! —señaló el maestro.

A lo lejos ya podían divisar, todavía diminutos, los camiones que les estaban esperando para llevarlos a la estación de tren más cercana.

—¿Hasta cuándo estarás con nosotras? —preguntó Máxima.

—Hasta donde más pueda, pero creo que será hasta la estación de tren. Ahí ya no os podré seguir acompañando. Debo subir de nuevo a España.

Cuando pronunció «España» se detuvo unos segundos, como paralizado por un pensamiento. Mientras contemplaba el bello paisaje francés, con sus montañas, con sus pueblos, con su gente, el cielo azul

que iluminaba el día... se impresionó al pensar que sus pies estaban pisando una tierra de paz, una tierra sin bombas, unos pueblos donde no se mataban los unos a los otros, un país sin fratricidios. Y sin embargo, a muy pocos kilómetros de donde se encontraba, sucedía todo lo contrario. Nunca cielo e infierno habían estado tan cerca. «Qué afortunados y privilegiados los franceses –pensó–. Se despiertan todas las mañanas y pueden disfrutar la vida, no solo pensar en sobrevivir. ¡Lo bien que se debe pescar aquí!». De repente le invadió la idea de quedarse, de tomar él también el tren hacia el refugio. ¿Qué necesidad tenía de regresar al infierno? ¿Por qué un maestro debía jugarse la vida en lugar de permanecer al cuidado de su familia? ¿Qué sucedería si en veinticuatro horas no se presentaba ante el soldado? La guerra se estaba decantando cada vez más a favor de los sublevados, ¿quién le podía asegurar que ese soldado iba a sobrevivir a la ofensiva nacional? Podía ahora desaparecer y dejar todo atrás, e iniciar una vida nueva en Francia junto con su familia, sin que nadie le persiguiera. De hecho, no dejaba nada atrás en España, pues aquellos a quienes más amaba se iban a quedar en Francia. Más bien era en Francia donde dejaría todo atrás para regresar a España. Todos esos pensamientos rondaban su cabeza, pero «he dado mi palabra», concluyó en su interior... y continuó descendiendo. Máxima, alzando la mirada, vio detrás de ellos la zigzagante fila humana que iba bajando por el camino. Como se detuvieron para dar de comer a Teresa, pronto fueron alcanzados por el resto.

Aproximadamente dos horas después llegaron al lugar donde les esperaban los camiones. Se volvieron a vivir escenas de caos. En frente de los camiones, dispuestas en forma de barrera que obstruían el paso, había cuatro mesas y cuatro hombres con una cinta de la Cruz Roja en el brazo izquierdo. Todos los que llegaban de España debían ser vacunados antes de adentrarse más en tierras francesas. Las autoridades temían un contagio de enfermedades a gran escala. Entre que eran pocos médicos para tantas personas, que muchos no querían ser vacunados, que los gendarmes obligaban a todos a ponerse en fila y la

barrera natural del idioma... el desorden aumentó y el griterío se hizo ensordecedor. Los gendarmes tuvieron que emplearse a fondo para poner orden. Cuando llegó el turno de pinchar a Teresita, esta comenzó a llorar desconsolada y a sacudirse en los brazos de su madre. Al cabo de unos minutos recobró la calma y Cándido y Máxima se sentaron a un lado del camino, ligeramente retirados de la multitud.

—¿En qué camión nos tenemos que subir? —preguntó Máxima.

—No lo sé. Voy a ir a investigar. Tú quédate aquí. Ahora vuelvo —respondió Cándido mientras se levantaba para desaparecer segundos después entre la multitud.

A la mujer le invadió en ese momento un deseo muy fuerte de romper a llorar, pero se contuvo porque no quería que Teresita la viera llorando. Los bebés absorben el estado anímico de la madre y lloran si ven a la madre en llanto. Máxima se mordió los labios y se restregó los ojos, tratando de mostrarse fuerte. El pensamiento de quedar abandonada en unas horas le daba pavor; sin embargo, lo que más tristeza le procuraba era el saber que su marido debía regresar a Aragón y quizás ya no lo volvería a ver nunca más. Posiblemente tampoco él vería a Teresita crecer y hacerse mayor. Había experimentado la crueldad de la guerra en otras personas, personas muy cercanas, incluso familiares. Y ahora le arrancaban a su amado Cándido, la alegría de su corazón, quien siempre tenía una sonrisa para ella en los momentos duros, un comentario divertido para levantarle el ánimo. Ella no se explicaba a sí misma si no era al lado de su esposo. Este la vio desde lo lejos mientras se acercaba a ellas e intuyó los sentimientos que atenazaban el corazón de su esposa.

—Máxima... —le dijo tomándola por los hombros y mirándole a los ojos—, yo voy a estar bien. Sé cuidar de mí mismo. Además, estaré más tranquilo sabiendo que vosotras estáis aquí, lejos de ese infierno, bajo un cielo que no hace llover bombas y sobre una tierra que no tiene que levantar cadáveres.

—Lo sé... pero ¿cómo sabré que estás bien? —insistió Máxima.

—Donde vayas, busca el puesto de la Cruz Roja más cercano. Ellos tienen un sistema muy eficaz de correspondencia. Escríbeme a la Cruz Roja de Gistaín. Ahí veré la dirección del remitente y te haré llegar mis cartas.

—¿Y si no recibo noticias tuyas?

—Las recibirás, no te preocupes.

—¿Estás seguro?

—Claro que sí.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —sentenció el maestro mientras abrazaba cariñosamente a su esposa.

Cuando Cándido fue a preguntar cuál era el siguiente paso, uno de los gendarmes le entregó un papel con el número tres escrito a mano. Le dio una larga indicación en francés que el maestro en gran parte no entendió, pero lo suficiente como para enterarse de que debían esperar a que les llamaran al camión número tres. Al cabo de un rato, llegó el aviso: «¡Trois! ¡Tres!». Cándido y Máxima se levantaron y se dirigieron, con otras muchas personas, al camión asignado. En la parte delantera del vehículo, alto para que todo el mundo lo viera, colgaba un cartel con la palabra «Arreau». «Me imagino que será la estación de tren a donde nos van a llevar», pensó Cándido. Iban muy apretados, sobrepasando con creces la capacidad máxima de pasajeros. El trayecto duró unos cuarenta minutos, aproximadamente, siempre descendiendo. Al inicio con muchas curvas, luego con menos. Algunos pasajeros mostraron síntomas de fuerte mareo. Otros, rendidos por el cansancio, se quedaron dormidos. La pareja de maestros, a pesar de que también estaban agotados, no durmieron absolutamente nada, conscientes de que vivían los últimos minutos en los que iban a estar juntos por quién sabe cuánto tiempo. Sus manos no se separaron en todo el viaje. No se intercambiaron muchas palabras, no fue necesario. Finalmente, el camión se detuvo y se abrieron las

puertas. «Nous sommes arrivés. Tout le monde dehors!»**. Al descender vieron que se trataba de la estación de tren de Arreau.

—¿Y ahora qué? —preguntó Máxima.

—Vamos a ver en qué tren os tenéis que subir —respondió su marido—. No veo a nadie que esté dando indicaciones.

De hecho, la confusión se apoderó del lugar. Una vez que el autobús quedó vacío, cerró sus puertas y regresó hacia la montaña, para tomar otro grupo de pasajeros. Ni el chofer del mismo ni el personal de la estación habían recibido indicaciones precisas de las autoridades, por lo que no supieron orientar al descarriado grupo de extranjeros. Simplemente los descargaron como si de mercancía se tratara. Cándido vio como el autobús se alejaba y pensó: «Tengo aproximadamente unas dos horas de tiempo entre que sube y vuelve a bajar». Se dirigió con su familia a la ventanilla de información. La mujer que la atendía perdió pronto la paciencia, salió de malos modos y gritó en un pobre español:

—¿Es que alguien *parla* francés?

En ese momento se hizo paso entre las personas una señora, algo jorobada y con un bastón. «¡Moi, moi!» decía. La idea de la empleada francesa era que la señora tradujera lo que ella iba a decir, pero resultó que la voz de la pobre anciana era tan débil que nadie podía escucharla, así que tuvieron que recurrir a un tercero, un varón, que repitiera en voz alta lo que la anciana le susurraba y tradujera lo que la funcionaria le decía en francés.

—¡Atención, por favor! —empezó a decir con voz potente—. Se encuentran ustedes en la estación de tren de Arreau. Aquí a mi izquierda están escritos los horarios y los destinos de los trenes que salen de esta pequeña estación —todos instantáneamente dieron unos pasos a la derecha—. Si ustedes tienen algún familiar o amigo en una de esas ciudades, diríjanse ahí. De lo contrario, les informamos que el

** Hemos llegado. Todo el mundo afuera!